

Comentario a: “Política de la emoción y masculinidades patrióticas. El Mundial de Fútbol Argentina 1978”

María Bjerg, (Universidad Nacional de Quilmes y CONICET)

El trabajo de Maylén Bolchinsky Pinsón aborda el problema de los usos políticos del deporte. Su objeto de investigación es el Mundial de Fútbol de 1978, un escenario en el que indaga cómo la dictadura militar utilizó al campeonato como una vidriera internacional capaz de proyectar una imagen respetable de la Argentina de la época y como un mecanismo de movilización afectiva para estimular un sentimiento nacionalista y patriótico inspirado en la ideología castrense. A partir de publicaciones y discursos oficiales, suplementos deportivos y diarios de tirada nacional, la autora propone pensar al Mundial 1978 y, en particular, al espíritu patriótico fomentado por el gobierno *de facto*, recurriendo a las herramientas analíticas de la historia de las emociones. El patriotismo era el vértice en el que convergían los idearios castrense y futbolístico, de manera que la dominación masculina se erigió en uno de sus rasgos más salientes. Por esa razón, el trabajo también analiza cómo las nociones de género gravitaron sobre los lenguajes que estructuraban el diálogo entre gobernantes y gobernados y sobre los guiones disponibles para expresar los sentimientos en un contexto de persecución, represión y violencia estatal contra los elementos “subversivos” que amenazaban a la integridad de la nación.

El campeonato se inscribe en una tensión entre el miedo, la incertidumbre y la desazón, por un lado, y el amor a la patria, el orgullo nacional y la euforia popular, por otro. Para arbitrar esta tensión, el gobierno echó mano de dispositivos afectivos que eran tributarios de un discurso encendido que, desde los albores del régimen, había buscado moldear a la opinión pública recurriendo a una propaganda difundida a través de medios de comunicación tanto oficiales como privados. Así, durante el desarrollo del certamen futbolístico, el gobierno apeló a un lenguaje emocional que glorificaba la figura masculina y el heroísmo viril (personificados en los jugadores de la selección nacional), proyectando hacia el conjunto de la sociedad argentina virtudes ejemplificadoras como la hidalguía, el honor y la caballería. La pasión (masculina) y una mística del patriotismo con evidentes raíces castrenses, estaban en el centro de los dispositivos afectivos y simbólicos de los que la dictadura se valía para dar forma a un conjunto de prescripciones y guiones que regulaban la expresión de las emociones del ciudadano común. Lenguajes y prácticas emocionales que servían al gobierno para imponer en la opinión pública la representación de una gesta patriótica que era deportiva y bélica a la vez. Sin dudas,

la primera servía de mascarón de proa para instalar y legitimar la guerra interna contra el enemigo “subversivo”. Lograr la victoria en el campeonato y en el combate intestino se asumía una cuestión de hombres: de futbolistas y militares que convergían en una constelación emocional común, porque estaban engarzados en una genealogía nacional y criolla que había sido puesta en riesgo por el enemigo de la nación, a la que los jugadores venían a rescatar a través de un diálogo afectivo con la ciudadanía. Los militares de la dictadura se valían de los deportistas y los representaban como “gladiadores” que luchaban por alcanzar un trofeo que sintetizara una noción de patria viril y castrense.

Mientras que en el primer tramo del artículo la autora adopta una perspectiva centrada en los lenguajes oficiales que revelan los usos políticos que la dictadura hizo del Mundial 1978, en la última parte, posa la mirada sobre la experiencia de uno de los jugadores del seleccionado: Leopoldo Luque. Bolchinsky Pinsón comparte algunos detalles de una entrevista concedida después del triunfo, en la que Luque reveló su experiencia emocional evocando fragmentos de un diario íntimo que había comenzado a escribir el día del primer partido. Allí se destaca la gestión de sentimientos que atravesó el futbolista a raíz del sentido de responsabilidad y del temor que le imponían las expectativas, la alegría y el cariño de la gente. Enfrentado al desafío de la victoria, el jugador escapaba imaginariamente hacia el pasado para aliviar el miedo: “quería volver con mi mamá ... estar en Guadalupe con los viejos ... volver a la infancia”. Esa emoción, que en las oscuras bambalinas de la fiesta mundialista era la experiencia de los perseguidos, de los enemigos de la dictadura, de los que corrían el riesgo de caer en manos de la tortura y la desaparición, tenía otro sentido para Luque: traicionar las esperanzas de un pueblo que les expresaba su afecto y que deseaba ver victorioso al seleccionado. ¿Pero efectivamente estos dos sentidos corrían por raíles paralelos? La autora no explora esta dimensión polisémica del miedo sintetizada en la evasión de Luque hacia el refugio emocional de la memoria de la infancia. Bolchinsky Pinsón conecta los dichos del jugador con los rasgos de fútbol criollo, que es otro de los ángulos que le permiten indagar los ejes del patriotismo y el nacionalismo que articulan el trabajo. Sin embargo, no parece irrelevante bucear en los sentidos del miedo y preguntarse si, en un contexto donde el terrorismo de estado se enseñoreaba en el trasfondo de la euforia mundialista, el miedo no había dado forma a una atmósfera afectiva, a una “presencia influyente” que -como sostiene Tonino Griffiero (2020)- “tonifica la situación” en la que se encuentran los sujetos y los envuelve hasta el punto de que son incapaces de comprenderla. El miedo de Luque, ¿era el mismo miedo que miles de argentinos sintieron ante la violencia de la dictadura, expresado de acuerdo con el guión que los dictadores diseñaron para el “momento mundialista”? Si el seleccionado no salía victorioso, traicionaba las

expectativas de la gente, pero también rompía su compromiso con un gobierno que había puesto sus energías materiales y simbólicas en el éxito de una causa luminosa, detrás de las que flotaban las tinieblas del terrorismo de Estado.

Como señalé antes, la autora no toma esta dirección de análisis, porque su interés está puesto en recuperar la tradición del fútbol criollo para hacerla converger con la construcción retórica y emocional de la dictadura sobre la recuperación del “ser nacional”. Consistente con el ideario castrense, aquella retórica destacaba la masculinidad y la virilidad. En cambio, en ese orden masculino sobresalen modos alternativos de expresar las emociones: los jugadores loraban, expresaban alegría estrechando sus cuerpos en un abrazo, o confesaban sus miedos – como Luque. Esa gestualidad habla de una masculinidad “blanda” que no parece conflictuada con la virilidad adusta y heroica del mundo militar. Tal vez, la exploración de esta veta complejizaría un análisis que piensa de manera innovadora y creativa la relación entre deporte y política, entre dictadura y espectáculo.

Bibliografía

Griffiero, T. Emotional atmospheres. En T. Szanto and H. Landweer (eds.) *The Routledge Handbook of Phenomenology of Emotion* (262-274). Londres / New York.
